



AÑO IV

BARCELONA 30 DE NOVIEMBRE DE 1885

Núm. 205

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don Angel R. Chaves.—NUESTROS GRABADOS.—EL TORRENTE DEL DIABLO (*continuacion*), por doña Josefa Pujel de Collado.—LAS PEQUEÑAS MISERIAS, por don Rafael Trillo de Merelo.—LA LÍNEA TELFÉRICA DE GLYNDE.

GRABADOS: LOS ÁLAMOS BLANCOS, dibujo por F. Urgellés.—PRINCESA EGIPCIA, cuadro por F. K., tomado de la *Ebas Galloni*, editada por el Instituto bibliográfico alemán (*Deutsche Verlags Anstalt*) de Stuttgart.—VENDEDORA DE FLORES EN POMPEYA, cuadro por Héra Coomans (copia de una fotografía de Adolfo Braun y C.^a de París, grabada por M. Weber).—EL PASTOR DE LOS

ALPES, estudio de Run.—PALACIO DE LOS DUQUES DE BRUNSWICH.—LA LÍNEA TELFÉRICA DE GLYNDE: *Vista de la línea.—Punto de partida de la telpher line de Glynde en Inglaterra.*—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: LA VACUNACION, cuadro por Dagnan Bouveret.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

De estero.—Las primeras lluvias.—Los funerales del buen tiempo.—Bodas tristes.—San Eugenio.—Las bellotas y la galleta inglesa.—El ferrocarril y la calesa.—Una excursión á Alcalá de Henares.—Los grandes hombres de ayer y los de hoy.—La manifestacion del hambre.—Algo sobre los estudiantes.—Vico.—El actor y el restaurador.—La victoria de la ciencia.

Todo es uno y lo mismo, dijo el filósofo, y ésta máxima se ve comprobada lo mismo en lo grande que en lo pequeño. La más populosa de las ciudades no es, despues de todo, otra cosa que el interior de una casa más desahogada y con más piezas, y la vivienda más humilde es, si bien se mira, una ciudad reducida.

Por eso las costumbres que vienen forzosamente á interrumpir la tranquilidad de nuestros hábitos en el interior del hogar, se reproducen en la proporcion de sus dimensiones en las calles.

Ahora por ejemplo, amanece un dia en que creemos que al abrir los ojos hemos de encontrar ese orden y esa paz, que con tanta razon es la perpetua envidia del que se ve privado de los goces de la vida en familia, y un ruido inusitado de muebles que se trasladan de sitio, una nube de polvo que invade nuestra alcoba apenas entreabrimos la puerta y sobre todo un monótono martilleo que taladrándonos los oídos se mete en los más recónditos escondrijos de nuestro cerebro, nos anuncia que por unas cuantas horas todas aquellas apacibles dulzuras han huido. Cualquiera diria que el genio del desorden, ó el ángel que preside los motines, se habia colado de rondon en nuestra morada. Nada de eso. Es sencillamente que la mano femenil en que, á guisa de reyes constitucionales, hemos depuesto las riendas del gobierno, ha decretado para aquel dia el estero.

Entónces no nos queda más que un recurso, vestimos lo más precipitadamente posible y lanzarnos á la calle. Mas ¡oh decepcion! la escena de dentro no es más que un plagio de la de afuera. La madre naturaleza, que como hembra al fin, no puede descuidar los detalles domésticos, está esterando tambien.

Al viento que habia estado veraneando en los más empinados picos del Guadarrama, le ha mandado venir precipitadamente, y este lacayuelo revoltoso del invierno, un poco contrariado por no haber emprendido el viaje á tiempo para burlar la vigilancia del lazareto de Somosierra, se entrega con denodado ahinco á la tarea de barrer las calles.

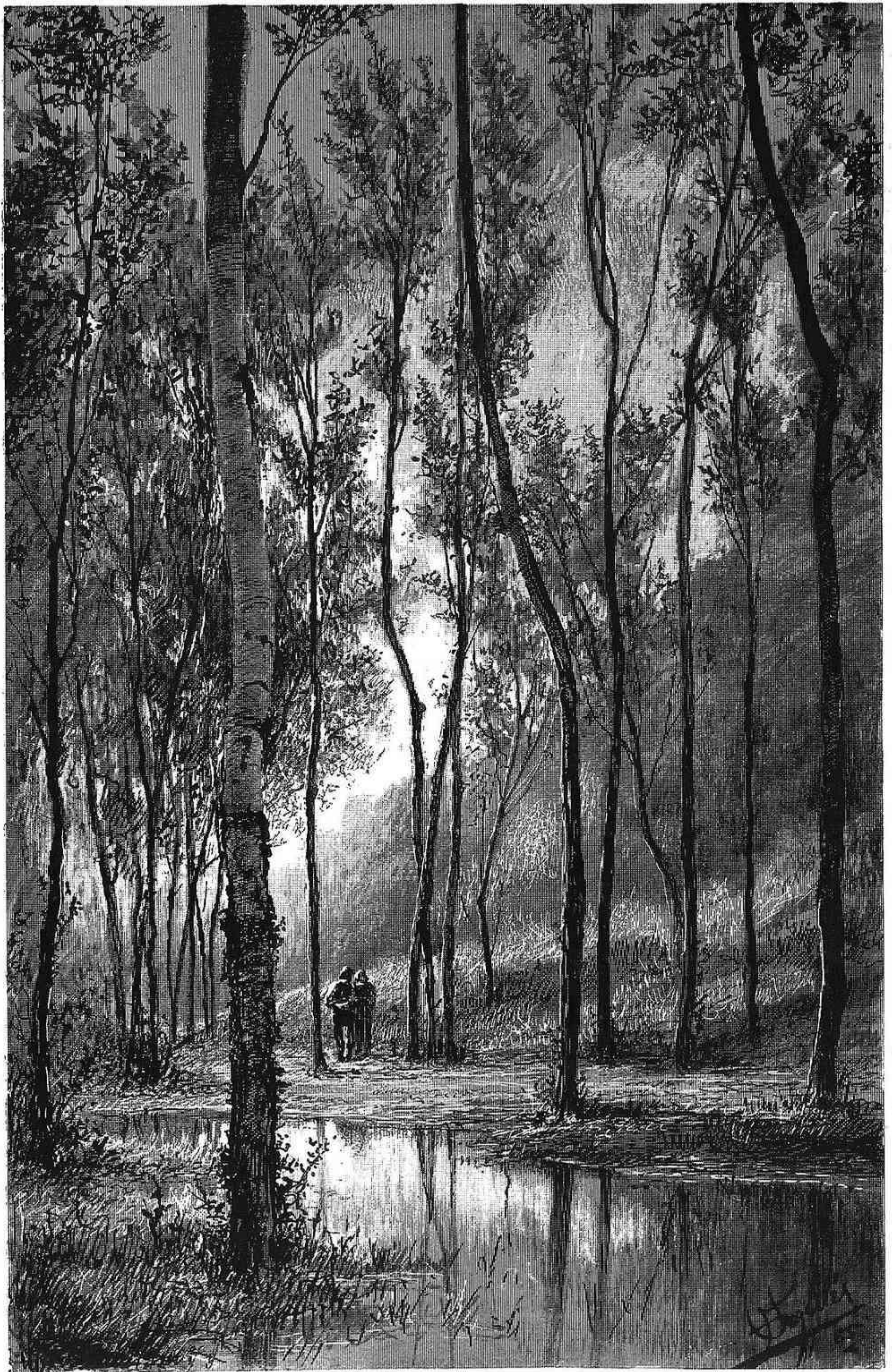
Las regaderas que á prevencion han traído las nubes se encargan de matar el polvo en que aún se advierten no pocas partículas del cloruro de cal y del azufre con que nos fumigaban hasta hace poco, pero todavia la vertiginosa escoba levanta en remolinos las secas hojas que, como harapos de su traje de gala, dejan caer perezosamente los árboles de las plazuelas.

La oscura alfombra va quedando poco á poco tendida. Ni es confortable ni es alegre. Su color barroso se confunde á veces con el negro. Por más que de cuando en cuando interrumpen su monotonía unas manchillas plateadas, no se puede ocultar que aquello tiene algo de la colgadura del templo en dia funeral.

Las primeras lluvias del invierno son despues de todo las exequias de la naturaleza muerta.

El sol con su planta destruirá á veces esa alfombra, pero las nubes se encargarán de reparar los agujeros. Durante unos cuantos meses la decoracion será poco más ó ménos la misma. Sólo algun dia, allá cuando diciembre y enero sacudan el punzante látigo que deja por huella en vez de cardenales sabañones, la tierra se cubrirá de blanco.

Pero aquel tambien será un traje triste. Es un vestido de boda, pero que anuncia los desposorios de una muerta.



LOS ÁLAMOS BLANCOS, dibujo por F. Urgellés

Lo único que nos queda que esperar es la época del desierto. Entonces el polvo y el ruido nos echará de casa; pero en la calle encontraremos luz, calor y alegría. Somos como los insectos, sólo esos elementos son los que para nosotros constituyen la vida.

* *

A pesar de estar ya en los tristes dominios del monarca de las lluvias y de las nieves, el rubicundo Febo ha presidido con toda esplendidez la última fiesta campestre del año.

La excursión que el día de San Eugenio se hace al Pardo, trae involuntariamente a la memoria el coro de introducción del *Barberillo de Lavapiés*; pero es lo cierto que desde que faltan las capas de grana y los sombreros de medio queso, esa festividad, como otras muchas, ha quedado reducida a una tradición que se olvida poco a poco.

Después de todo se comprende. El paladar de nuestros abuelos no encontraba solaces más delicados que la sabrosa bellota que el día 15 de noviembre podía arrancar impunemente de las encinas del Real Sitio y tenía que ir a buscar su regalo donde le encontraba. Hoy la delicada galleta inglesa y la pasta fabricada por Prats ó por Blanco está más á mano y casi casi al alcance de todas las fortunas.

Además de esto hay otra razón poderosa. Los que estaban acostumbrados á la veleidosa movilidad de la calesa podían ir al Pardo en su vehículo favorito. A nosotros no nos gusta viajar más que en ferrocarril y todavía no hay vía férrea de la corte á la mansión favorita de Carlos IV.

Esta es la razón por qué cada año esté menos animada una fiesta que constituía uno de los más gratos días de holgura de los madrileños, no hace todavía un siglo.

* *

En cambio, cuando menos lo esperábamos, un motivo para arrojar unos cuantos reales por la ventana se nos metió en casa como Pedro por la suya.

El lunes pasado acudían las gentes á la estación del mediodía como moscas á la miel, y los coches de segunda y sobre todo los de tercera, que constituían un tren de recreo dispuesto á partir, eran tomados por asalto por una multitud abigarrada en que dominaban los sombreros cordobeses de anchas alas, las capas profusamente adornadas de trencillas y muy especialmente las panzudas botas que, pletóricas de Valdepeñas más ó menos auténtico y de manzanilla no siempre legítima, esperaban las copiosas sangrías con que sus dueños habían de devolverles la salud á cambio de no conservar ellos muy seguras las cabezas.

El viaje era corto, pero prometía ser alegre. El punto á que se dirigía tan animada concurrencia era la histórica Alcalá de Henares, la patria de Cervantes, el asiento de aquella Universidad complutense que llegó á competir con la Salmantina, la ciudad predilecta del gran Cisneros, y á la que le cupo en suerte imprimir la famosa Biblia poliglota por cuyos ejemplares se pagan hoy millones de francos.

Pero, ¿era que en todo Madrid se había despertado la fiebre de delectar la partida de bautismo del autor del Quijote, de contemplar los bancos en que oyeron explicar humanidades D. Francisco de Quevedo, el P. Mariana, Fajardo y tantos otros varones insignes, ó de estudiar las riquezas literarias del Archivo nacional ó las artísticas del templo en que descansan las cenizas del conquistador de Oran?

Nada de eso. El héroe de aquel día no era ninguno de los hombres que ilustraron con su fama otros siglos, ni á los que acudían allí les importaba, al menos por aquel momento, que se hubieran escrito *El Ingenioso hidalgo*, *Los Sueños*, la *Historia de España* y las *Empresas políticas*, ni mucho menos que se hubiera impreso una *Biblia* en diversas lenguas vivas y muertas.

El acontecimiento que nos sacaba de nuestras casillas era que *Guerrita* mataba en Alcalá cuatro toros. Por eso y sólo por eso somos capaces los madrileños de dejar nuestras ocupaciones y de sufrir las molestias de un viaje que, aunque corto, no está exento de incomodidades.

Pero al fin el día no fué perdido. A pesar del agua con que nos obsequiaron las nubes, la corrida se verificó y todos pudimos tornar satisfechos á nuestros hogares.

Todos no. Después de los toros de muerte se corrieron cuatro novillos dedicados á que la juventud estudiosa vaya dando los primeros pasos en la senda emprendida por Mazzantini y de estos uno dejó mal trecho, quizá con pocas esperanzas de vida, á un aficionado que por su edad revelaba ser un padre de familia.

Pero estos son detalles en que no debe pararse la atención. Los que volvían en el tren cantando canciones, no todas muy edificantes por cierto, encontraban muy natural aquel incidente.

* *

Lo que son los contrastes. No recordamos bien si el mismo día ó al siguiente de la corrida, tenía lugar en Madrid una escena conmovedora.

Mientras los unos gastábamos el dinero alegremente, se dirigía á la Plaza de la Villa una imponente y pacífica muchedumbre, compuesta de rostros macilentos y miradas apagadas.

Aquella era la manifestación del hambre. Eran los

obreros faltos de trabajo que acudían á pedirle al Ayuntamiento.

El Alcalde Presidente ha atendido la voz de la miseria, hoy esos desgraciados comen. Pero, ¿y mañana?

* *

Otra manifestación menos comedida que esta se esperaba uno de estos días.

La coincidencia de verificarse la vista del famoso proceso conocido por el de los estudiantes, precisamente el día del aniversario de los lamentables sucesos de que el año pasado fué teatro la Universidad central, hacia temer otra algarada estudiantil.

Por fortuna la prudencia de estos ha evitado el conflicto y la paz reina en Varsovia.

Sólo deseamos aquello de mucho dure y bien parezca.

* *

El arte de Maiquez y Talma, de Latorre y Romea, ha estado á punto de sufrir una pérdida irreparable.

Antonio Vico, ese actor de verdadera inspiración y á quien el público ha colmado tantas veces de aplausos, ha estado á punto (ya nos podemos permitir tocar este asunto á la ligera) de hacer el *mutis* final.

Una enfermedad aguda, de esas ante las que la ciencia tiene que apelar á los recursos extremos, ha querido atajar en toda su madurez una carrera de triunfos; pero por suerte no lo ha conseguido.

La muerte está resentida con el gran actor. La eterna enemiga de la vida se ha visto tantas veces y tan magistralmente plagiada en el escenario por Antonio Vico, que indudablemente se había dicho: «Ahora veremos si el que tanto ha estudiado para morir bien de mentirijillas, se sabe morir de veras.»

Sin embargo, lo único que por hoy ha conseguido, ha sido tener sumidos en una angustiosa consternación, durante unos cuantos días, á los que, en el ya convaleciente, admiramos al artista sin rival y nos honramos con la amistad del hombre modesto y lleno de virtudes.

Antonio Vico ocupa un altísimo puesto en la historia del arte escénico. En él no vemos sólo al inimitable intérprete de *La Capilla de Lanusa*, de *La muerte en los labios*, de *La Mariposa*, de *El nudo gordiano*, de *La Pasiónaria* y de tantas y tantas obras á que ha sabido unir su nombre con lazo indisoluble. Es más que eso, es un restaurador.

Un día el arte, arrastrando una vida lánguida y agonizante, hacía creer á todos que el género dramático había muerto. Sólo pasaban por las tablas del escenario producciones insulsas y soporíferas y se decía que el público rechazaba todo aquello que se saliera del humildísimo patron que á las comedias se había impuesto.

En aquella sazón llegó á Madrid Vico. Su nombre era poco menos que desconocido, el único teatro en que pudo mostrar sus talentos era un olvidado local que casi recordaba los tiempos de nuestros antiguos corrales. Pero, ¿qué importaba? El actor tenía de su parte el profundo sentido del arte, y lo primero de que trató fué de no dejarse llevar de ningún prejuicio.

Sin él, tal vez los nombres de Zapata, de Sellés, de Cano, de Echevarría, del mismo Echegaray, dormirían en el olvido. Él, resucitando el drama, despertando de su marasmo al público, hizo con aquellos talentos lo que Cristo con Lázaro. Al *levántate y anda* pronunciado en el teatro de *Lope de Rueda*, debe quizá el drama su resurrección.

De cuánto el público le quiere, habla muy alto el interés que todo Madrid, no todo Madrid, España entera, ha tomado estos días por la salud del actor. La lista puesta en el portal de su casa contiene los nombres más ilustres y más oscuros de nuestro país. No hay clase social que no esté representada en ella.

Hoy, por fortuna, el peligro ha pasado. En el temible duelo sostenido entre la ciencia y la muerte, la primera ha triunfado, y tal vez muy pronto volvamos á aplaudir al que tantas veces hemos aplaudido.

Estremeciéndonos al pensar que la última nota de esta revista podía haber sido una nota de duelo, nos complacemos con toda el alma en poderla cambiar por el suspiro de satisfacción del que ve conjurado un grave peligro.

ANGEL R. CHAVES

NUESTROS GRABADOS

LOS ÁLAMOS BLANCOS, dibujo por F. Urgellés

Yo no sé lo que tienen los álamos blancos para que me infundan, como me infunden, inexplicable tristeza. Sus troncos, desproporcionadamente altos y delgados, hacen que me aparezcan como los árboles tísicos de la creación. Sus copas, sin pomposidad y de un verde dudoso, se asemejan á esos calvos prematuros, manifestación de una naturaleza enclenque que amaga un fin ántes de tiempo, ó una vida raquíutica é infecunda. El susurro de sus hojas tiene á veces algo del crujido de los huesos, y á veces algo como un lamento exhalado por un cuerpo sometido á dolores agudos. Y hasta su espejismo en el fondo del agua, á cuyo borde crecen, tiene cierto parecido al espejismo del enfermo á quien el destino implacable lleva á contemplarse en los pulimentados mármoles de la sepultura que ha de recibirle sin que se pase mucho tiempo.

Todo esto será puro capricho, preocupación ridícula, y si no es bastante, una ofensa inferida á los álamos blancos; pero cada uno habla de las impresiones que le causan los objetos según estas impresiones son, y no según racionalmente debieran ser. Esto sin perjuicio de dar á los álamos blancos todas las satisfacciones necesarias.

No hay que decir, por consiguiente, el efecto que nos causa el paisaje que reproducimos, y que es, por cierto, de bella perspectiva y digno en todo de su autor. Esto no impide que sus álamos blancos produzcan en nosotros su habitual efecto.

Ejemplo: nuestro dibujo contiene dos figuritas insignificantes; apenas animan la soledad del paisaje. Pues bien, se nos ocurre que si son dos labradores, hablan de sus cosechas perdidas; que si son dos enamorados, hablan de la oposición que sus padres hacen al matrimonio; que si son dos vagabundos, conciertan un golpe á mano airada.

Y todas esas tristes suposiciones tienen una misma causa; los dichosos álamos blancos...

PRINCESA EGIPCIA, cuadro por F. K.

Hasta hace poco tiempo, las cosas de Egipto se hallaban envueltas en las sombras, inventadas, al parecer, por los mismos autores de su antigua grandeza, para que nadie, en la posteridad, penetrara sus misterios, su historia, sus costumbres. De aquella tierra de los Faraones, que tan grande influencia ejerció en los albores de la historia, sabíamos apenas que existían unas célebres Pirámides, sobre cuyo destino pocos eruditos estaban de acuerdo, y que á los muertos se les enterraba de tal manera, que su cuerpo se conservaba á través de los siglos, si no intacto, en un estado de conservación incomprendible. Pero esas momias eran impenetrables; los jeroglíficos que equivalían á nuestra escritura, impenetrables eran asimismo; los raros monolitos de que se tenía noticia, eran tan mudos como las momias; el secreto del egoísmo egipcio estaba perfectamente asegurado: Egipto era apenas algo más que un mito.

¡Cuánto han cambiado los tiempos!... Ocurrióse á un hombre ilustre que los pajaracos, los monigotes y las flores de una especie no menos bizarra, podían ser letras, palabras ó pensamientos completos susceptibles de combinarse ó de interpretarse cuando menos; comprobó su sospecha, y hétenos que Egipto nos va siendo conocido, y acabará por sernos familiar, como la correspondencia convencional de los conspiradores, cuya clave se vende por un puñado de oro.

Demostración de lo dicho es el cuadro que publicamos, donde el antiguo Egipto ha sido reconstituido por el artista, en la decoración y en el personaje, como si la prodigiosa vara de un nigromante hubiera hecho brotar, del polvo de la tierra y de los sepulcros, personas y cosas de los distantes tiempos de Ramsés.

VENDEDORA DE FLORES EN POMPEYA, cuadro por Héra Coomans

Este hermoso cuadro, que empareja perfectamente con el anterior, representa un tipo de aquel pueblo, que, cual otro Fénix, ha surgido de sus cenizas, á los dos mil años de hallarse envuelto en ellas. El artista ha concebido perfectamente el tipo de la que pudiéramos llamar *contadina* pompeyana; lo cual, por otra parte, no le habrá ofrecido grandes dificultades, puesto que ese tipo vive aún entre las mujeres del pueblo bajo napolitano. Es su mismo talle esbelto, su misma tez morena, sus mismos ojos de fuego, la misma figura que vemos en la bahía de Nápoles y se nos antoja haber sido arrancada de uno de los pedestales del anfiteatro.

Los descubrimientos, cada día más importantes, que vienen haciéndose en Pompeya, han permitido al artista ser verídico en punto á lugar de la escena y traje de la interesante vendedora de flores. Y por cierto que si todas las de Pompeya eran parecidas á la nuestra, no sería de extrañar que el comercio de floricultura hubiera sido causa de grandes discordias entre aquellos mozalbetes galantes ó entre aquellos viejos sibaritas que, cumpliendo el refrán, tienen la costumbre de tomar el rábano por las hojas ó de besar al santo por la peana.

EL PASTOR DE LOS ALPES, estudio de Run

Cuando se aproxima el invierno y la nieve comienza á blanquear las alturas, diariamente se ve bajar de las montañas de Pistoja (Alpes) á los pastores que conducen sus rebaños á pastar en la llanura. Entre ellos se distingue el jefe, que montado en un escualido rocin con su silla á la antigua, y una enmohecida carabina á la espalda, conduce por sí solo seis ó siete mil cabezas de ganado, divididas en grupos, como los destacamentos de un ejército. El apunte del tipo de ese jefe es el que se representa en nuestro grabado, debido al renombrado dibujante H. Run.

PALACIO DE LOS DUQUES DE BRUNSWICH

Trazado por el eminente arquitecto Ottmer, suntuoso, elegante, dejando comprender por su aspecto el empleo soberano á que estaba destinado, fué construido este palacio en cuatro años (1831-1835).

Treinta años después (1865) las llamas hicieron en él grandes estragos; pero el arte se apoderó de sus restos y la mansión ducal fué reconstruida, sin el menor detrimento de su riqueza y majestad. Su estilo es del renacimiento romano, y los que hayan tenido ocasión de compararlo con el del palacio de Oriente en Madrid, han de encontrar entre ambos cierta analogía, no por cierto des-

favorable al que concibió el proyecto de la mansion real en la corte de España.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA VACUNACION, cuadro por Dagnan Bouveret

Llamó este lienzo la atención de los inteligentes apénas el público empezó á conocerlo, y á medida que la crítica lo fué estudiando, encontráronle los peritos más y más digno de todo encomio. El asunto, por lo mismo que tiene mucho de prosaico, ofrecía grandes dificultades á vencer: sus protagonistas son los niños que sufren ó aguardan sufrir la maravillosa operacion de Jenner.

Pero, dentro de este argumento trivial, ¡cuánta y cuán bien estudiada variedad de semblantes, cuántas y cuán bien entendidas actitudes, cuánto conocimiento de la vida práctica revelado en una forma verdaderamente artística!...

El inmortal Jenner ha sido causa de distintas manifestaciones artísticas; pero rara ha de ser la que haya interpretado más filosóficamente, digámoslo así, el mayor de los beneficios físicos proporcionados á la humanidad por su individuo más modesto, en más modesta forma.

EL TORRENTE DEL DIABLO

(Leyenda provenzal)

POR DOÑA JOSEFA PUJOL DE COLLADO

(Continuacion)

Tres toques de bocina debían apercibir á la lucha, coincidiendo el último con la señal de partida dada por Blanca, agitando en el aire su pañuelo.

Los contrincantes montaron en sus respectivos corceles y los ojos de todos los jinetes se volvieron con afán hacia Blanca de Montbars al sonar el segundo toque de bocina. Seis eran los mozos del pueblo que se disponían á tomar parte en la lucha, y los seis, colocados en hilera, esperaban la convenida señal que debía partir de la jóven dama. Ella, destacándose gallarda y gentil, en medio del círculo que formaban sus servidores, refrenando apénas el brioso alazan y con la mano que sostenía el simbólico pañuelo caida sobre su flotante falda, dejó que trascurriera un segundo. De repente, agitó en el aire el blanco pañuelo, y, como movidos por el mismo impulso, los seis caballos emprendieron furiosa carrera. El término señalado era un rincón del valle, donde flotaba á impulsos del viento la bandera de los Montbars, para alcanzar la cual, preciaba antes dar tres vueltas alrededor del pueblo.

Rápidos pasaron, envueltos en una nube de polvo, los contrincantes á la primera vuelta, y de entre todos, llevaba la delantera Jorge. Al verle Rosa palideció, y sus hermosos ojos buscaron á Pedro en el grupo de jinetes. Pedro iba, en efecto, confundido con los otros.

A la segunda vuelta, varios caballos quedaron rezagados, á la tercera, solos, el uno al lado del otro, Pedro y Jorge se dirigieron en línea recta al camino que debía conducirles al término de la carrera. Pálidos, sudorosos, anhelantes, inclinados sobre el cuello de los caballos, emprendieron un galope infernal, vertiginoso. Se les veía adelantar, sin ceder ni un ápice ninguno de los dos; de repente el caballo de Jorge se adelantó al de su rival, y Rosa, sintiéndose desfallecer, se apoyó temblorosa en el brazo de su madre, en tanto que la altiva castellana, por un movimiento nervioso é involuntario, hizo adelantar dos pasos á su alazan dentro del círculo que la rodeaba. Una expresión de contrariedad se dibujó en sus labios, desvió un momento los ojos del camino que recorrían los dos adversarios, pero muy pronto, y merced á un sordo rumor que partía de la multitud, volvió á fijar su mirada en los dos jinetes, y una exclamación de asombro salió de su boca. Faltaban pocos pasos para llegar á la meta, y Pedro había tomado considerable ventaja sobre su rival.

Un momento más, y era suyo el triunfo.

Todos los pechos permanecían oprimidos, todas las miradas se hallaban fijas en Pedro y Jorge; por fin un hurra inmenso, atronador, llenó los espacios, y se vió á Pedro, coger la bandera, volver grupa, y dirigirse al pueblo, en tanto que Jorge, pálido, cubierto de sudor, desenchajado, huía hosco y mal humorado de los sitios que habían sido testigo de su derrota.

A pesar del cansancio, volvía el amante de Rosa con la animación en los ojos y la felicidad en el alma. Al llegar á la entrada del pueblo, sus amigos le salieron al encuentro, rodearon su caballo y le colmaron de plácemes, miéntras él buscaba más dulce recompensa en los bellos ojos de su amada.

Al llegar al punto de partida, descabalgó con soltura, y siempre con la bandera en la mano se dirigió á Blanca de Montbars, quien ya de lejos le acogiera con plácida sonrisa: en cuanto al conde Raimundo fijó en el vencedor sus ojos de un modo insolente, y luego afectando la más profunda indiferencia, paseó sus miradas por la multitud allí agrupada.

Pedro se acercó á la jóven dama, estaba hermoso con su elevada estatura y su noble continente. Blanca le vió llegar, fascinada, absorta, y al ver que se detenía ante su caballo, inclinó graciosamente su rubia cabeza, exclamando con alegre acento:

—Has triunfado cumplidamente, Pedro; tuyas son la corona y los cien luises.

Uno de los servidores del castillo se acercó á su jóven señora, presentándola en rica bandeja de plata el codiciado premio.

Blanca cogió la corona de laurel adornada con hermosas cintas, y la entregó al vencedor, quien dobló galantemente la rodilla para recibirla.

Un momento mantuvo Blanca al mancebo en aquella rendida actitud, y su mirada inquieta buscó á Rosa confundida entre la muchedumbre.

¡Pobre niña! Estaba alegre pensando en el triunfo conseguido por Pedro, pero en el momento de ver á su amado á los pies de otra mujer, siquiera fuese para recibir el ansiado premio, un involuntario relámpago de celos se retrató en su hermoso rostro.

¡Debilidad á todas luces femenina, y cualidad ó defecto que siempre va unido al amor!

—Te doy mi más cumplida enhorabuena, Pedro,—dijo la noble dama,—te has portado como á quien eres; el mejor jinete de la comarca. Puedes estar orgulloso de la victoria y sentirte feliz.

—Hoy la felicidad no existe para mí, noble señora, pero acepto con gratitud vuestras amables frases.

Blanca se sonrió, envolviendo al jóven con una de sus más brillantes miradas, é hizo ademán de retirarse.

Pedro permanecía en su humilde actitud, con el sombrero en la mano, sin moverse ni una línea del sitio que ocupara.

La castellana le miró asombrada, preguntándole luego con extrañeza:

—¿Qué esperas, Pedro? ¿tienes algo que pedirme?

—Así es, mi buena señora.

—Habla pronto, ¿qué deseas?—y la jóven dama fijó una mirada cariñosa en el gallardo vencedor.

—Señora,—dijo con varonil entereza el amante de Rosa,—el premio hoy alcanzado supera en mucho mis deseos, y me permite contar con lo necesario para asegurar mi dicha, uniéndome á la mujer que amo. Vos sois tan buena, os habeis interesado tantas veces por mí, que aquí, ante el pueblo reunido, no extrañareis que os pida seais mi intercesora cerca del conde mi señor.

Contrariada en grado sumo, conteniendo á duras penas su despecho y mirando á la angustiada Rosa, la castellana exclamó:

—No te comprendo, explícate, ¿qué deseas? precisa más tu pensamiento.

—Deseo, señora, que seais mi abogada, é intercedais, á fin de que el señor conde, vuestro hermano, me permita en breve plazo celebrar mi deseado enlace con Rosa.

Blanca frunció el entrecejo murmurando secamente:

—Sois muy impaciente y debéis dar tiempo al tiempo: mi hermano no os negará su permiso cuando lo crea necesario.

—¿No queréis interceder por nosotros?—preguntó el jóven con acento suplicante, miéntras sus ojos cargados de odio y rencor se dirigían al conde, que hasta entónces había permanecido de pié, recostado negligentemente en su caballo.

Los circunstantes presenciaban la escena con asombro, extrañándose de la audacia de Pedro; éste, fuera de sí, próximo al paroxismo de la cólera, parecía dispuesto á arrollarlo todo, cuando de pronto el conde dirigiéndose á él con pérfida sonrisa exclamó:

—Pedro tiene razon, hermana mia, no hay motivo para que nos opongamos á su dicha; dentro de dos meses podrá casarse con Rosa si así lo desea.

Blanca fijó una mirada llena de contrariedad en Raimundo, y á duras penas pudo decir friamente al jóven vencedor:

—¿Lo oyes? ya tienes segura tu felicidad si esta consiste en el permiso de mi hermano.

Y volviendo grupa se dispuso á regresar al castillo en medio de los vítores de la entusiasmada multitud.

En cuanto á Rosa, temblorosa y vacilante, había seguido todas las peripecias de la escena, y al disponerse á saborear con dulzura el consentimiento súbito del conde, oyó una voz que murmuraba á su oído con acento fatídico.

—El día señalado para tus bodas, Pedro morirá.

La jóven se volvió con rapidez y vió á dos pasos de ella al conde Raimundo, con el despecho y el amor pintados juntamente en su rostro; comprendió en seguida la perfidia de la concesión, y viendo en un momento derrumbado el bello edificio de sus esperanzas, lanzó un grito que ahogaron las manifestaciones entusiastas de la multitud y cayó desvanecida en brazos de su madre.

En tanto, la brillante comitiva volvía á subir la cuesta del castillo, y los aldeanos se disponían á celebrar durante el día con alegres danzas, el triunfo del vencedor y la próxima dicha de los amantes, colmando, quizá por primera vez, de bendiciones, al arrebatado y fogoso señor del castillo.

III

PRELIMINARES DE UN DRAMA

Pasaron como un soplo los dos meses de plazo que para la boda de Rosa y Pedro señalara el conde. Durante este tiempo, jamás brillara en los ojos de la jóven la dulce alegría propia de quien ve con creces satisfechos todos sus deseos; en cuanto á Pedro, noble y generoso como era, dando al olvido las palabras que segun relacion de su amada le dirigiera un día el conde, entregábase loco de dicha á la contemplación absoluta de su amor, con creciente confianza, puesto que le constaba de un modo

evidente que el conde se había vuelto á Paris, y sólo Blanca permanecía en el castillo, acompañada de sus servidores.

Rosa, ya lo hemos dicho, habitualmente entregábase á la angustia y zozobra que despertaran en ella las palabras del conde; pero en momentos dados, trataba de abrigar consoladora confianza en el porvenir, y cuanto más se acercaba el día de la boda, más se esforzaba en tranquilizarse, viendo que el noble Raimundo no aparecía por aquellos contornos, y pensando con íntimo alborozo, que en medio del aturdidor tumulto cortesano, el hermano de Blanca había dado al olvido su loco amor. Además, temiendo que un arranque colérico de Pedro comprometiera la felicidad de los dos, la jóven había guardado silencio respecto á las últimas amenazas proferidas por el conde el día de la fiesta, atribuyendo su desmayo á las emociones que sufriera aquel día.

El amor todo lo embellece, todo lo dora con brillantes matices; lo mismo entre los poderosos que entre los humildes, lo propio en el palacio que en la cabaña, lleva siempre consigo numeroso cortejo de ilusiones, inagotable caudal de dichas, que bastan por sí solas á borrar las tristezas que en contados momentos rodean el sombrío cuadro de la vida y nos abruma con su peso.

Rosa y Pedro se amaban con delirio desde su infancia; ¡qué extraño pues, que viendo cercana la realización de su dicha, se entregaran confiados á los venturosos ensueños con que les brindaba su próxima felicidad!

Pedro ansiaba llegara el momento tan esperado, en que un sacerdote uniera para siempre sus destinos al pié del altar; Rosa cedía también al irresistible encanto que le ofreciera su dicha; pero cuando quedaba sola, un temor misterioso, injustificado, á causa de la prolongada ausencia del conde, agitaba su corazón, y abundantes lágrimas surcaban el rostro de la pobre niña.

Rosa deseaba y temía la celebración de su matrimonio.

Entre vacilaciones, angustias, zozobras y risueñas esperanzas, que todo esto anda revuelto y confundido por el mundo, llegó la antevíspera del día señalado para la ceremonia nupcial.

Rosa, á la caída de la tarde, hallábase asomada á la ventana de su cuarto, esperando con amoroso afán el regreso de Pedro, ausente de la aldea desde el día anterior para ultimar los preparativos de la boda.

Los postreros y pálidos rayos del sol acariciaban en dorada nube los cabellos de la jóven, que inmóvil, apoyado su mórbido brazo en la repisa de la ventana, y la gentil cabeza en la palma de la mano, dejaba que divagara el pensamiento sin rumbo fijo, por el vasto campo de sus deseos, miéntras la mirada incierta se perdía en las poéticas sinuosidades del valle, que en espléndido panorama se ofrecía á su contemplación.

Nada turbaba la plácida calma de que habitualmente se rodea la dulce agonía del día, sólo el ruiseñor, ese cantor nocturno de la enramada, modulaba en medio del silencio sus armoniosos trinos, que resonaban deliciosamente en el corazón de la jóven amante.

Así trascurrió una hora de grata meditacion y apacible aislamiento; al cabo de este tiempo, la jóven, saliendo de su ensimismamiento, pasóse la mano por la frente, y murmuró, como hablando consigo misma:

—¡Cuánto tarda!

En aquel momento, y como respondiendo á un pensamiento apénas formulado, un ligero ruido, procedente de un recodo que formaba el camino, hizo que su corazón se estremeciera de alegría. Un hombre avanzaba con dirección á la casa, pero las indecisas tintas del crepúsculo no permitían reconocerle.

—¡Es él!—exclamó Rosa al fin con íntimo alborozo.

—Os equivocais, hermosa mia, no es Pedro,—dijo una voz bien conocida, que dejó á la jóven trémula de espanto.

El recién llegado era el conde Raimundo.

—¿Y Pedro, señor? ¿qué habeis hecho de él?—preguntó con afán la jóven, asaltada de repente por todas las inquietudes que había logrado dominar y que entónces se levantaban en su pecho con mayor fuerza que nunca.

—Tranquilizaos, Pedro no sufre, pero no le esperéis hoy,—dijo el conde con meloso acento, llegando junto á la casa y apoyando su mano en la repisa de la ventana.—Tengo que hablaros sin tardanza de algo que os interesa mucho.

Un rumor de voces llegó á oídos de los jóvenes que suspendieron el empezado diálogo, y á los pocos instantes un grupo de aldeanos que regresaban á sus hogares en busca del cotidiano reposo, pasó junto á la ventana que daba al camino real, cantando alegremente, no sin mirar con extrañeza al orgulloso noble, en familiar conversacion con la hermosa niña.

—Hablad, señor, ya os escucho,—dijo la jóven en cuanto hubieron pasado los trabajadores.

—Aquí no, ya veis que pueden interrumpirnos con frecuencia, y extrañar nuestro coloquio.

—Pues entónces, ¿dónde queréis que hablemos?

—Donde nadie pueda oírnos, en alguno de los lugares apartados de estos contornos, al aire libre, sin más testigo que Dios.

—No lo espereis de mí,—dijo la jóven con terror, fijando sus espantados ojos en el conde, que sonreía de una manera infernal,—yo no abandono mi casa por nada; ¿qué diría mi madre, qué pensaría Pedro?

—No deben saberlo, y os repito que este lugar no es á propósito para la seria conversacion que debo tener con vos, y que decidirá vuestro porvenir.

—Entónces, no puedo escucharos, no os canseis, señor,



PRINCESA EGIPCIA, cuadro por F. K.
tomado de la «Ebas Galloni» editada por el Instituto bibliográfico alemán (*Deutsche Verlags Anstalt*) de Stuttgart



LA VACUNACION

CUADRO POR M. DAGNAN-BOUVERET, GRABADO POR M. BAUDE Y TOMADO DE UNA FOTOGRAFÍA DE LA CASA GOUPIL DE PARIS



VENDEDORA DE FLORES EN POMPEYA, cuadro por Héra Coomans
Copia de una fotografía de Adolfo Braune y C.^a de Paris, grabada por M. Weber

—dijo la joven haciendo ademán de retirarse de la ventana.

—¡Oh, cándida inocencia!—repuso el noble, sin inquietarse por la resistencia de la joven,—¿no acertáis á comprender, que cuando exijo algo, es porque sé en qué apoyar mi exigencia?

—Inútil apoyo, porque no he de acceder,—contestó Rosa resueltamente.

—Y si os dijera que Pedro se halla en mi poder, que no volverá sin mi consentimiento, y que sólo vos, acudiendo á la cita, podeis decidir de su suerte, ¿qué diriais?

Con la palidez del mármol en el acongojado semblante la joven empezó á comprender el peligro en que se hallaban su amor y la vida de su amante.

Las lágrimas acudieron á sus bellos ojos, y toda su cólera, toda su valentía desapareció, como desaparece la nieve ante los ardores del sol.

—¡Oh!—exclamó con voz suplicante juntando sus trémulas manos,—no os burleis de mí, no goceis haciéndome sufrir todos los tormentos imaginables! Decidme por piedad que lo que acabo de oír es una mentira, que sólo lo habeis dicho para amedrentarme y obligarme á concederos esta entrevista; decidmelo, y sereis el más bueno, el más generoso de los hombres!

—¡Pobre niña! yo no puedo decir lo que no es cierto: Pedro se halla en mi poder, y de vos depende su vida ó su muerte. Escuchadme en tiempo y lugar oportunos ó Pedro morirá, cumpliéndose las amenazas que os dirigí un día, y que seguramente habeis olvidado.

Rosa sintió en un momento como si el mundo se desplomara sobre ella; el hielo de la muerte invadió su corazón, y la debilidad propia de la mujer hubiera triunfado de su naturaleza, en el rudo choque de tan encontradas emociones, si la fuerza avasalladora del amor no se impusiera ante el peligro que amenazaba á su amante.

—¿Qué deseais de mí? acabemos,—dijo con voz que se esforzaba en aparentar serena.

—Ya os lo he dicho, que me oigais sin testigos.

—¿Dónde?

—En el embarcadero que hay á espaldas del castillo, dentro de tres horas, cuando todos duerman.

—Iré,—dijo la joven con acento resuelto.

El conde Raimundo le dirigió una mirada sombría y desapareció murmurando:

—La paloma queria escapar del cazador astuto. ¡Pobrecilla!

Despues se alejó de aquellos sitios, dejando en el alma de la pobre Rosa un huracan de luchas, de temores, de lágrimas y de zozobras.

IV

LA CATARATA

Reia la luna en las tranquilas aguas del lago, y la naturaleza hallábase sumergida en el más profundo silencio, cuando Rosa, agitada por diversas emociones, temblorosa y resuelta á la vez, se dirigió al lugar donde la citara el conde. Este, recostado perezosamente en una de las barcas, propiedad del castillo, esperaba con ansiedad su venida, combatiendo á duras penas los latidos de su corazón en el cual há tiempo germinaba oculta pasión, inspirada por la bella amante de Pedro.

Nunca como entonces deseara el conde Raimundo hacer gala de su satánica hermosura, y nunca como entonces necesitara tambien la pobre Rosa afanzarse en su amor para salir victoriosa de la batalla que se aprestaba á librar con fuerzas desiguales.

Apénas llegara la joven á la ribera, el conde se incorporó, atracó la barca y ofrecióle la mano para pasar á ella, no sin que la joven vacilara un momento ántes de decidirse á pisar la embarcación. Por fin se decidió, resuelta como estaba á todo. Sentóse á un lado del débil esquife, su acompañante tomó los remos, y se alejaron algunas brazas de la orilla. Dos minutos despues, la barca mecíase dulcemente en mitad del rio, y el conde Raimundo fuése á sentar al lado de la joven aldeana.

—Díreis,—exclamó de repente el conde interrumpiendo el silencio que hasta entonces se habia impuesto,—qué capricho singular ha sido por parte mia, pedir os una entrevista en semejante sitio, á pesar de lo intempestivo de la hora; ¡qué quereis! yo soy así. Deseaba hablaros sin testigos, y en vuestra casa, en el bosque, podrian espiarnos, aquí no, nadie puede cruzar el rio sin que le veamos. Además, al proyectar esta entrevista que debe decidir de nuestro porvenir, voy á seros franco, he querido celebrarla allí donde os ví por vez primera. ¿Os acordais? Regresaba yo al hogar paterno despues de haber hecho mis estudios en la tumultuosa Universidad de Paris: los aldeanos celebraban con regatas el casamiento de vuestra prima Teresa, vos asistiais á la fiesta, bella como siempre, deslumbradora como nunca, ataviada con el pintoresco traje del país. En la barca inmediata á la de los novios, barca que parecia una jaula de vocingleros pajarillos merced á la no interrumpida charla de vuestras jóvenes amigas, ibais vos, y al veros, algo como el fuego de un volcan abrasó mi mente despertando mi corazón, hasta entonces arrullado por los cándidos sueños de la inocencia. ¡Qué hermosa estabais aquella tarde, Rosa! ¡qué divina me parecisteis! tan bella como me parecis ahora, iluminada por el pálido rayo del astro de la noche, que reviste vuestros encantos de un no sé qué sobrenatural y fantástico!

El conde se detuvo para tomar aliento, mientras su mirada trataba de envolver á la joven en una red de deslumbradoras seducciones.

—Continuad,—dijo friamente Rosa.

—Desde el momento que os ví,—prosiguió el conde,—sentí nacer en mi interior un loco deseo que me inducía á pensar en vos á todas horas. Entonces no sabia, ni yo ni nadie, que amabais á Pedro: cuando lo supe, todos los tormentos del infierno desgarraron mi corazón, y aquí, en la soledad, lo mismo que en Paris junto á los más aturdidores placeres, mi solo pensamiento erais vos, mi único anhelo ser dueño de vuestra hermosura, mi aspiración suprema reinar en ese corazón tan puro, que debe ser bello como vuestro rostro.

—Y al pensar así, conde,—repuso la joven con frio acento,—os olvidabais hasta tal punto de vuestro rango, que no vacilabais en exponer vuestra hereditaria nobleza á los desprecios de una oscura mujer del pueblo como yo?

—¿Qué importa eso, Rosa? el amor lo nivela todo, como la muerte, y el corazón no analiza para sentir.

—Habeis dicho una gran verdad, el corazón no analiza, por eso yo sin detenerme á analizar la fortuna que me ofrecéis, prefiero al capricho de un gran señor, el amor dulce y tranquilo de Pedro.

—No pronuncieis ese nombre aborrecido, Rosa, porque jamás, oidlo bien, jamás sereis de Pedro.

—¿Quién lo impedirá?

—Yo.

—Habeis dado vuestro consentimiento delante de todo el pueblo.

—Ciertamente, pero no se ha realizado la boda todavía. Pronto habeis olvidado la promesa que os hice un día, y los Montbars no olvidan con tanta facilidad. ¡Rosa, Rosa! ¿por qué os obstináis en desoir mis ruegos? ¿Qué os puede dar el mísero aldeano, que no sea inferior á lo que os ofrece vuestro señor?

—Un corazón puro, un amor inmenso y santo.

—¡Bah! no seais niña: en la tierra no existe la santidad, y sólo agradan el bienestar y el lujo. Yo os ofrezco los medios de que vuestra hermosura brille con todos sus encantos, y siempre me tendreis á vuestros pies. Pensadlo bien, reflexionadlo, mañana os arrepentireis de no haberme escuchado. Con Pedro os esperan, además de mi odio, miserias, escaseces, trabajos y privaciones; conmigo una vida llena de animación, de lujo y de encanto en Paris, donde brillareis aventajando en hermosura y gentileza á las pálidas bellezas que forman la corte de nuestro rey. Pronunciad una palabra, una sola, Rosa, y como por encanto cambiará vuestra existencia, nada quedará de la humilde aldeana, y la gran señora verá á sus pies el más apasionado de los amantes.

Raimundo al hablar así, cayó de rodillas, tratando de apoderarse de una de las manos de la joven.

—¡Atrás, demonio tentador!—exclamó Rosa, levantándose indignada y haciendo casi zozobrar la barca por medio de su brusco movimiento,—tus palabras no me seducen; crees que es empresa fácil engañar á un sér ignorante como yo, pero te equivocas. Eres como la astuta serpiente que se arrastra entre flores, pero estoy aperecida para recibirte. El porvenir que me ofreces, seria una vergüenza para mí: yo no me vendo, ni vendo por un puñado de oro, el amor inmenso que profeso á Pedro. Aparta,—añadió con creciente indignación al ver al conde acercarse á ella con los brazos extendidos,—aparta, eres bastante infame para procurar la perdición de una mujer. Yo no he venido aquí más que á saber de Pedro, y fuera de él, es inútil cuanto hables y cuanto intentes; no ejerces influencia alguna sobre mí.

—¡Me desafiáis!—exclamó Raimundo de un modo terrible.

—No, pero una vez para siempre, te digo que no te amo, ni te amaré nunca.

—Eso lo veremos; he jurado que serás mia y he de ver cumplido mi juramento.

—Nunca.

—Estás en mi poder.

La joven sonrió burlonamente, y llevando la mano á su pecho con rapidez, hizo brillar á los ojos del conde la reluciente hoja de un puñal.

Raimundo retrocedió un paso sorprendido, pero luego soltando una carcajada preguntó con tono burlon:

—¿Tanto amas á Pedro que le sacrificarías tu vida?

—Tanto le amo como te odio á tí. Sin él es imposible mi vida, ya lo sabes, de una vez para siempre.

Otra carcajada estridente del conde heló la sangre en las venas de la joven.

—Presumia que mientras tuvieras esperanzas de casarte con él,—dijo el noble,—desoirías mis ruegos, y me congratulo de haber llevado á cabo mi plan.

—¿Qué plan? decidmelo por piedad,—exclamó Rosa acercándose al conde.

—Ninguno, amada mia; mientras estamos solos los dos, no debemos hablar más que de amor: ven,—añadió tratando de rodear con su brazo el talle de la joven,—ven y oye la confesion dulcísima de todo el cariño que me inspiras.

—Jamás,—exclamó Rosa apartándose del conde con visible repugnancia,—yo no te amo, te lo he dicho muchas veces.

—Sí, ya sé que te inspiro odio, segun me has dicho, y que me matarias si pudieras; pues bien, odio me inspira Pedro tambien, y quizá por esta razon cuando há pocas horas se puso ante mis ojos, olvidé que era vasallo y yo señor, no dí oídos más que á mi cólera y...

—¿Y qué?—preguntó Rosa anhelante.

—Nada, no sueñes más con él, porque es un imposible para tí.

—¿Por qué motivo?

—Porque ha muerto,—respondió con odio feroz el señor del castillo.

—¡Esto no es verdad! vos no habeis cometido tamaña infamia, vos no habeis destruido nuestro hermoso porvenir por medio de un asesinato; habeis tenido compasión de mí.

—¿La tienes tú de mis tormentos? ojo por ojo, diente por diente. Oye: bajaba esta tarde del castillo, y me encontré con Pedro á la entrada del valle. Al verle comprendí por su mirada, que no ignoraba lo que un día te dije respecto á vuestros amores, ví resplandecer en su fisonomía el odio mas profundo, me sonreí con todo y traté de seguir adelante sin mirarle; pero él, pálido por la ira, detuvo mi caballo, me preguntó, me increpó, olvidando su posición y la mia, llegó á amenazarme...

—¿Y qué hicisteis?

—Nada ó casi nada, sepultarle mi daga en el corazón para que mañana al encontrarse su cadáver, escarmienten en cabeza ajena cuantos hayan soñado con faltar al respeto que se debe á un descendiente de los Montbars.

Al oír las últimas palabras del conde, la pobre Rosa quedó petrificada, sin aliento y sin voz: su espíritu perturbado no acertaba á medir la inmensidad de su pena.

—Ya ves el fruto que han producido tus desdenes, te lo predije,—concluyó el noble:—si me hubieras escuchado, Pedro viviria, y nosotros dos nos halláramos lejos de la Provenza felices y dichosos. Tu terquedad ha sido la causa de la muerte de Pedro, á fin de que sin esperanza ninguna, oyeras la confesion de mi amor. Ahora eres libre; tu amante desde la tumba no vendrá á exigirte el cumplimiento de tus promesas; decide pues lo que quieras que persista entre nosotros, la paz ó la guerra.

—Guerra, pero una guerra implacable,—dijo por fin la joven levantándose delirante, desmelenada, del sitio donde la habia desplomado el dolor;—eres un asesino, un miserable, y morirás, puesto que has destruido de un modo tan infame mi dicha.

(Continuará)

LAS PEQUEÑAS MISERIAS

Estaban sentados á una mesa, en la tercera pieza del café Suizo.

—¿Con que has sido tan desgraciado, mi querido Juan?—dijo el banquero, ofreciendo un magnífico habano á su compañero.—¿Has estado en América y vuelves pobre?

—Como una rata,—contestó aquel mirando á su graso sombrero que estaba cerca de él en un diván.—¿Qué quieres? La ocasion la pintan calva y yo no he podido asirla, porque, como hembra, no se conmueve más que en muy raras ocasiones.

—¿Y nunca se ha conmovido contigo?

—Una sola vez; una vez sola he estado á punto de asegurar la felicidad ó por lo menos el bienestar de mi vida y ¡quién sabe! quizá hubiese llegado á hacer fortuna como tú.

—Vaya, hombre.

—Nunca podrias adivinar qué fútil circunstancia, qué pequeña miseria, ha sido causa de que no se realicen mis propósitos.

—¿Una pequeña miseria? Vamos, hombre, cuéntame; eso me interesa; ya te diré el porqué.

—Mi historia es la de muchos que nacen para ochavo y á los cuales un grano de arena basta para hacerles tambalear y caer...

—O elevarse, segun y conforme. Vaya, dí: mi curiosidad está excitada, no sólo por tí, sino tambien por mí.

—Es un relato estúpido; pero en fin, de algo hemos de hablar.

—Es claro.

—Pues bueno, oye. A los veinticinco años era yo joven, guapo y decian que simpático.

—Es verdad.

—Huérfano de padre y madre, sin una peseta, y aunque abogado, sin pleitos, mi situación no tenia nada de agradable.

—Ya me hago cargo.

—Estaba á punto de arrojarme al canal, porque entonces aún no existia el viaducto de la calle de Segovia, cuando una doble esperanza vino á apartarme de mis fatales propósitos.

—La esperanza es un don del cielo.

—La esperanza es una calamidad. Pero no me interrumpas, porque si no, va á ser el cuento de nunca acabar.

—Bien, hombre.

—Un amigo me presentó en la casa de un rico comerciante retirado de los negocios, en cuya compañía vivia su cuñada, viudita, joven, bien parecida y propietaria de dos casas en Madrid que la daban una renta de dos mil quinientos duros anuales.

—¿Y te enamoraste de la viuda y de las casas?

—Te he dicho que no me interrumpas. Me enamoré de la viuda, sí señor, y tuve la suerte de que tanto ella como su cuñado acogiesen con bondad mis insinuaciones amorosas; ella, porque yo era joven y guapo, y él, á causa de sus aficiones aristocráticas; pues como se llamaba Pantaleon Cuadrado, mi apellido de Ponce de Leon sonaba armoniosamente en sus oídos. Todo iba bien. Rosario cada dia más tierna, me permitió esperar nuestro enlace para un plazo próximo, y todo me hacia creer que iba á variar de posición, dándome fuerzas para soportar á mi patrona que me pedia dinero y á mis acreedores que no me dejaban vivir.

Una noche, ¡noche más terrible que la del poeta

latino! con motivo del cumpleaños de la viudita, hubo baile en su casa. Mi guardarropa no estaba muy bien provisto y Dios sabe los apuros que pasé para procurarme un traje de etiqueta presentable; pues aunque ex comerciante, como don Pantaleon era rico y además aficionado á las distinciones sociales, tenia muy buenas relaciones. En la época á que me refero habia en Madrid mucha miseria y muy mal gusto... ¿Sabes tú lo que eran los camisolines?

—Ya lo creo: ¡he usado tantos!

—Pues bien, en la noche del baile, á falta de camisa decente, tuve que apechugar con un camisolin, y me presenté en la fiesta, hasta cierto punto satisfecho de mí mismo; mas no bien hube pisado la alfombra del salon, noté cierta atmósfera rara, miradas que se fijaban en mí, en fin, un no sé qué inexplicable que me turbó. Dando vueltas á mi imaginacion, hasta supuse el absurdo de que alguien me habia visto entrar en alguna casa de préstamos de la calle del Amor de Dios, y empeñar un paraguas agujereado, con objeto de comprar guantes; y que habia cundido la voz de mi miseria; ¿qué sé yo? lo cierto es, que me sentí azorado, descompuesto y en la espantosa situacion de un hombre, que con motivo ó sin él, se cree en ridículo. Rompí un florero de una rinconera, pisé dos ó tres colas de vestido, llamé capitán á un brigadier, y cuando me acerqué á Rosario para saludarla y sacarla á bailar, apenas pude balbucear algunas frases, porque la viudita y tres ó cuatro que estaban con ella me miraban, y sin saber porque, apenas podian contener la risa.

En esto se aproximó don Pantaleon y más franco que los demás, al verme prorumpió en una carcajada. Iba á preguntarle la causa de su hilaridad, cuando sonó la orquesta; ofrecí mi brazo á Rosario, pero esta conteniendo la risa, me dijo:

—Arréglese V. el faldon de la camisa.

Sorprendido de esta frase inesperada é inconveniente examiné rápidamente toda mi persona y ¡cuál fué mi espanto, cuando al mirarme de perfil en un espejo que se hallaba cercano, comprendí el origen de todas aquellas burlonas demostraciones! Un pedazo de tela blanco, rizado á guisa de sobrepelliz, se extendia graciosamente sobre el cuello de mi frac, ondulando al menor de mis movimientos; era la parte posterior de mi camisolin, ese ridículo apéndice que se une al cuello con el miserable propósito de simular una camisa. Un descuido al vestirme ó quizá mis movimientos al embozarme y desembozarme de mi capa, durante el trayecto que tuve que recorrer desde mi casa á la del objeto de mi amor, fueron, sin duda, causa de aquel incalificable bochorno. Debí presentar tal aspecto en mi cara y en mi actitud, al apresurarme á ocultar aquel indecente trapo, que los circunstantes, no pudiendo contenerse, estallaron en un coro de carcajadas. Yo soy nervioso, violento é impresionable, y en aquel momento perdí la cabeza; quise hablar y no pude; hice una mueca y virando en redondo sobre mi tacon izquierdo, me alejé apresuradamente de aquel sitio atropellando á todo el



EL PASTOR DE LOS ALPES, estudio de Run

mundo al buscar la puerta de salida. Halléla difícilmente porque me encontraba en el caso de un murciélago encerrado en una pieza en donde hay mucha luz; salí á una antecámara, tomé por la derecha en vez de hacerlo hácia el lado contrario, tropecé con una puerta cerrada, abríla inconscientemente, sorprendiendo á una hermana mayor del dueño de la casa en el momento de estarse arreglando el añadido y... pero en fin, ¿para qué cansarte con el relato de mi desventura y de mis torpezas? Baste decirte que llegué á mi casa en muy mal estado, que al dia siguiente se me declaró una fiebre pertinaz, y que ántes de los ocho subsiguientes mi patrona me plantó bonitamente en el hospital general, en donde permanecí cerca de tres meses.

Al segundo dia de salir á la calle y bajando yo melancólico y pensativo por la Imperial, reparé en una amarretada pareja que iba delante de mí; él era jóven, guapo y elegante; ella se apoyaba en el brazo de su caballero y era, ya lo habrás adivinado, mi viudita, la de los cincuenta mil reales de renta. Llevaban un paraguas abierto porque llovía, y en tal ocasion aquel artefacto se asemejaba á la cúpula del templo del amor.

Este fué el último golpe, la última decepcion. Pensé seriamente en chapuzarme en el canal del Manzanares, pero un primo mio me disuadió de este propósito, aconsejándome que fuera á América á fin de distraerme y hacer fortuna y hasta me dió unos cuartejos para el viaje. ¡Inútil viaje! Sólo he conseguido sufrir el vómito en la Habana y la fiebre en Veracruz y volver tan pobre y más desilusionado que cuando me fuí.

¿Comprendes tú estos tejidos de la suerte? ¡Oh pequeñas miserias! ¡Oh progresos estúpidos de la industria! Los primitivos camisolines tenian espaldar que se sujetaba á la cintura por medio de una cinta; los últimos, más simplificados y económicos, han sido causa de mi desventura.

—¡Bah!—dijo el banquero, lanzando una bocanada de humo de su cigarro.—No eches á nada ni á nadie la culpa de tu ineptitud. Esas que llamas pequeñas miserias son azares de la vida que han aprovechado á muchos, entre los cuales me encuentro yo.

—¿Tú?

—Yo mismo en persona. Si ahora soy un banquero opulento, lo debo á una miseria que yo calificaria de grande; porque es muy grande no tener un real para afeitarse.

—Efectivamente; pero, es que no comprendo ¿cómo...

—Pues voy á explicártelo con toda claridad. A mi barba, á la torpeza de no saber ser barbero de mí mismo y á la feliz circunstancia de no tener en cierta ocasion ni un céntimo en mi bolsillo, debo cuanto soy y cuanto posco.

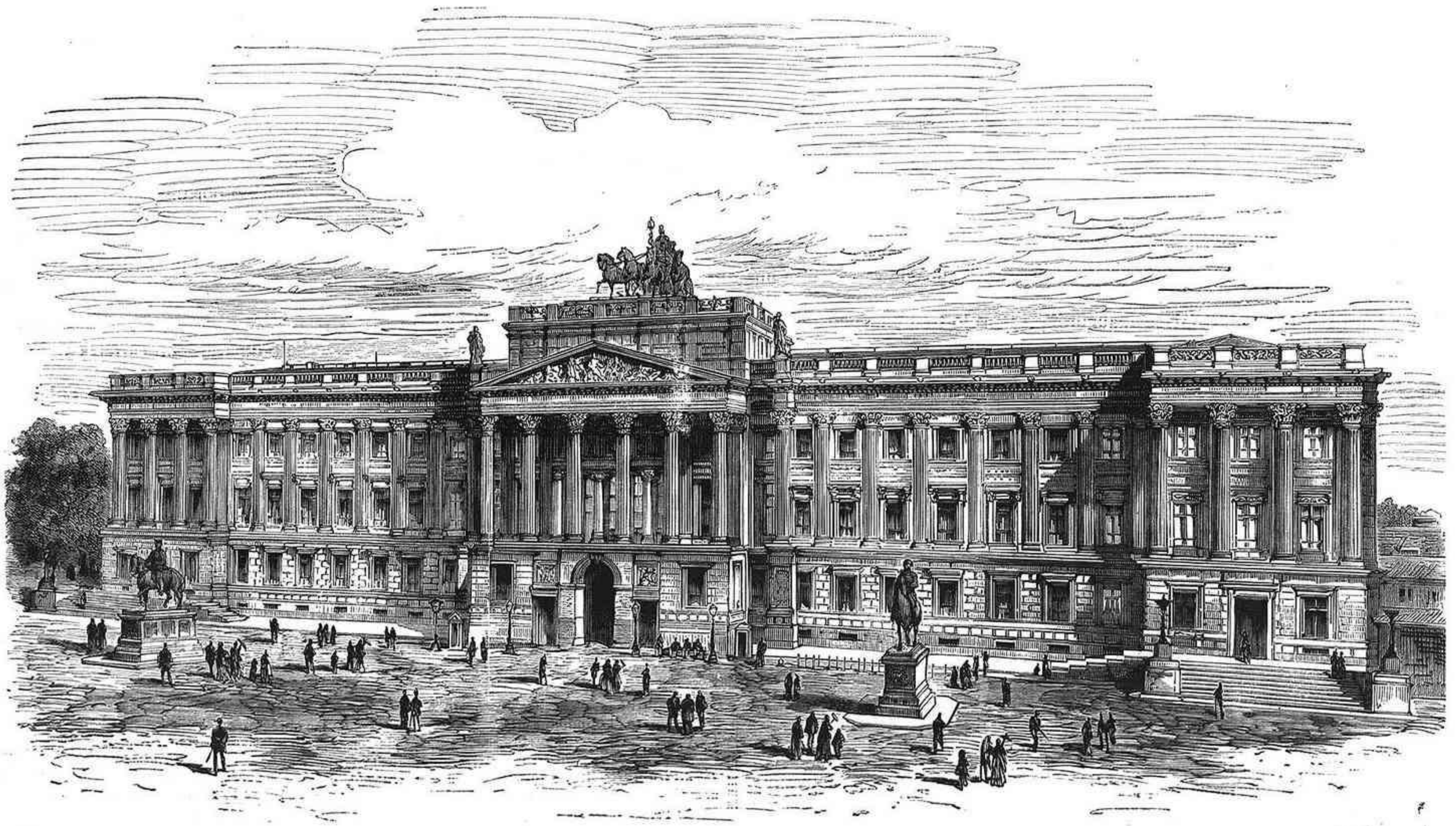
—Me parece que te chanceas.

—¿Cómo chancearme? Escucha. Yo era horterero de la calle de Postas, destinado probablemente á no salir en toda mi vida de entre cretonas y madapolanes. Los dias de fiesta solia comer en casa de un tio mio, portero de la Caja de depósitos, y me dedicaba á hacer el amor á su hija y prima mia, que era una rubita muy apetitosa. Ella me correspondia, pero ¿cómo pensar en casarnos, cuando entre ella, que cosía guantes, y su padre y yo apenas reuníamos cuarenta duros al mes?

En este estado las cosas, en esta incertidumbre del porvenir, una mañana, creo que en el Retiro, la salió á mi prima un pretendiente. Se llamaba mister Gutler y era jóven, guapo, soso, rico y altanero; sobre todo tenia una nariz perfectamente delineada. Como mi tio y su hija supieron que poseia muchos millones de libras esterlinas, acogieron hondadosos las amorosas pretensiones del inglés y me ví desbancado por un extranjero que chapurraba el español. Oculté mis celos y mi despecho, y continué frecuentando la casa de mis parientes, pero llevando siempre una espina en el corazon, espina que procuraba sacarme divirtiéndome lo más posible y dedicándome al distraido ejercicio del juego de la ruleta, los dias en que me tocaba salir á paseo.

Con este motivo contraí deudas, dí sablazos y me hallé lo que se llama perdido.

Un dia, primero de Pascua de Resurreccion, aunque podia disponer de mi tiempo, aburrido por no tener dinero para ir á los toros, determiné pasarme la tarde en casa, durmiendo la siesta, hasta la hora de comer en la de mi tio en donde estaba convidado. Hícelo así, me levanté al anochecer y cuando me dirigia á la calle de Toledo, en la que aquel habitaba, recordé que estaba sin afeitarse. Yo no tenia ni un cuarto; mi barbero estaba establecido en la Plaza de Santo Domingo, y como ya no



PALACIO DE LOS DUQUES DE BRUNSWICH, copia tomada de una fotografia

abrigaba el deseo de presentarme guapo á los ojos de mi prima, no quise retroceder en mi camino, y me senté á la mesa de mis deudos con una barba de dos semanas, erizada como las cerdas de un jabalí.

Mister Gutler estaba también convidado.

No sé qué maligno espíritu sugirió á mi prima ó á la criada la idea de hacer una sopa de tallarines, sumamente espesa y pegajosa. No bien comenzamos á comer, una carcajada de mi prima me advirtió de que sucedía algo ridículo y una pulla del inglés hizo comprender que yo era la causa de aquella hilaridad. Según parece, mi bigote y mi barba estaban sembrados de tallarines, presentando un jaspeado entre amarillo y negro.

Todos me miraban y se reían cada vez más. Tú comprendes el mal cuerpo que pone el ser objeto de mofa y no saber el motivo. Se me fué el santo al cielo; la rabia y mi celoso despecho desbordaron en mí impetuosamente. Dirigiéndome con especialidad al burlon extranjero, puse como un trapo desde la reina de Inglaterra, avara y ridícula, hasta el último ciudadano de la Gran Bretaña.

Mister Gutler cesó de reír, sacó una tarjeta y me la dió y yo á él un papel con las señas de mi casa, y poco ménos que echado por mis parientes, me marché desesperado y sin comer.

Al día siguiente mi rival y yo nos batimos detrás de las tapias de la Moncloa. El duelo fué á pistola y tiramos simultáneamente, á la distancia de veinticinco pasos.

Hay Providencia, querido Juan, hay Providencia. Yo sentí el silbido de una bala y casi al mismo tiempo ví caer á mi adversario. Yo, que jamás había disparado un arma, le solté un tiro providencial é inexplicable que le llevó una parte considerable de la nariz.

Trasladáronle á su casa todo ensangrentado y pasados unos días me creí en el deber de visitarle.

—Esperaba á V.—me dijo con la mayor tranquilidad.—Me veo obligado á regresar á Inglaterra, porque no puedo presentarme en parte alguna, desnarigado. Encargo á V. que ofrezca mis excusas á su prima, pues nuestra union es imposible; yo no me resignaría á ser amado por compromiso ó por interés. Mi desgracia ha sido casi merecida por haberle soplado á V. la novia; se la devuelvo con el aditamento de un pequeño dote.

¡Oh portento! ¡Oh excentricidad inglesa! ¿Sabes á cuánto ascendía el pequeño dote? A cien mil francos ó sean cerca de veinte mil duros.

—¡Caramba!

—Me casé con mi prima, desarrollé con este dinero mis cualidades de negociante, compré bienes nacionales, jugué á la bolsa, fuí provisionista de ejército y aquí me tienes con un capital á tu disposición.

—¡Singular destino el de las criaturas!—exclamó Juan filosóficamente.—El ridículo que á mí me ha perdido, á tí te ha salvado.

—Sí, amigo mio; porque todo, hasta eso que tú llamas pequeñas miserias, es en este mundo un instrumento de la casualidad según unos, según otros de la Providencia.

RAFAEL TRILLO DE MERELO

LA LÍNEA TELFÉRICA DE GLYNDE

La primera línea teleférica industrial se inauguró el 17 de octubre último en Glynde, pueblecillo del condado de Sussex, para el servicio de la *Compañía de Cemento de Sussex*, en Newhaven: debe servir para el transporte de 150 toneladas de arcilla semanalmente, necesarias para la fabricación diaria.

No es preciso describir en detalle un sistema, cuyo principio nos bastará recordar, principio enunciado primeramente por el malogrado Fleming-Jenkin, y que

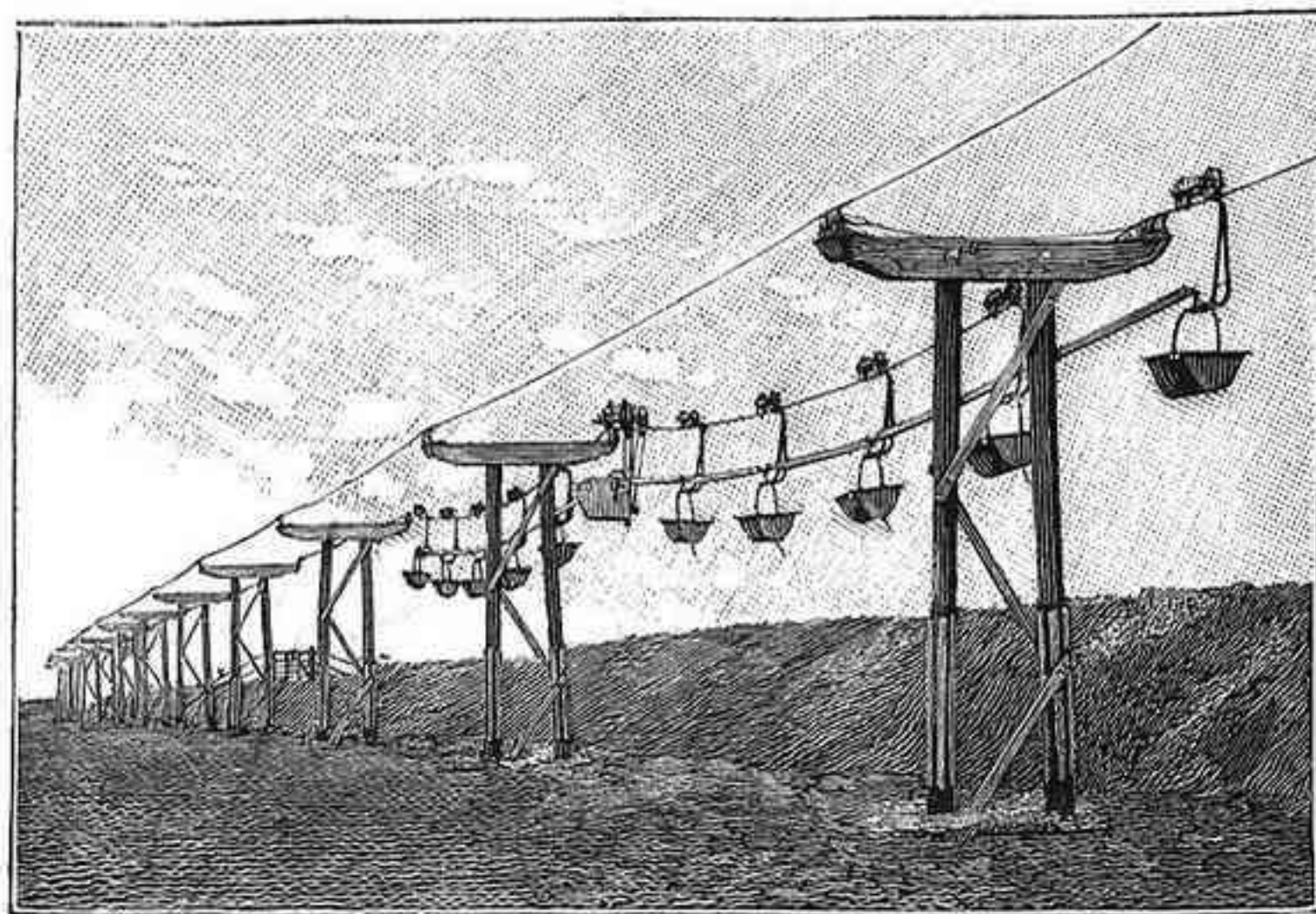


Fig. 1.—VISTA DE LA LÍNEA TELFÉRICA (tomada de una fotografía)

luego desarrolló en colaboración con MM. Ayrton y Perry, sin haber tenido después el gusto de ver la conclusión de su obra, pues la muerte le sorprendió en julio último.

Fleming Jenkin ha definido el *telferage*, diciendo que es el transporte á cierta distancia de los vehículos por medio de la electricidad, independientemente de toda vigilancia y gobierno sobre el mismo vehículo; pero temiendo que la palabra *telferage*, algún tanto eufónica, no se confundiera en lectura rápida con la palabra *teléfono*, la ha sustituido por la abreviatura *telfer* (llevar léjos); y designó con el nombre de *línea teleférica* aquella en que funcionan semejantes vehículos.

En Glynde, esta línea tiene la extensión de una milla (1 609 metros); se compone de una doble serie de varillas de acero de 20 metros de longitud por 18 milímetros de diámetro, sostenidas á la altura de 5,50 del suelo por una serie de postes de madera. En las curvas, la vía está

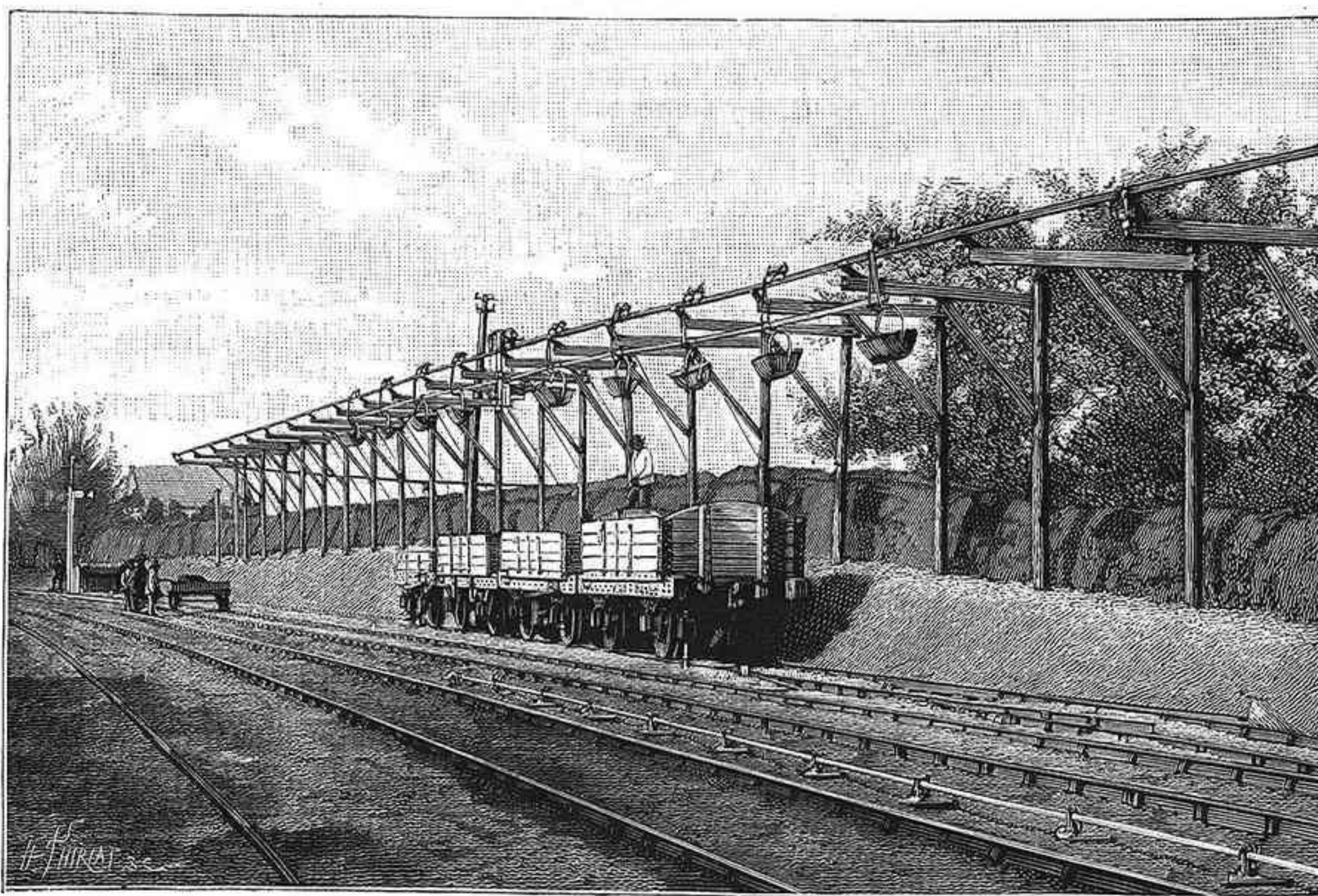


Fig. 2.—PUNTO DE PARTIDA DE LA telpher line DE GLYNDE, EN INGLATERRA (tomado de una fotografía)

formada por hierros angulares colocados sobre soportes distribuidos de 4 en 4 metros.

La fuerza motriz se obtiene con una máquina Ruston y Procton, cuya celeridad se mantiene sensiblemente constante por un regulador eléctrico, sistema Willans; este motor dirige una máquina dinamo Crompton, excitada en derivación, y capaz de producir 6 000 watts (ocho caballos de vapor), con una diferencia de potencial que no excede nunca de 200 volts. Cuando el motor dirige un solo tren y una sola locomotora, la intensidad de la corriente es de 8 amperes; de 16 para dos trenes, y así sucesivamente, hallándose montadas todas las locomotoras en derivación sobre la línea.

Cada tren se compone de una locomotora provista de un motor Reckenzaum, que puede remolcar de 8 á 10 wagoncillos, cargados con 250 ó 300 libras inglesas (112 á 135 kilogramos) de arcilla.

Cuando el motor excede de su celeridad de 2100

vueltas por minuto, la corriente se rompe bruscamente y deja de atravesarle hasta que la velocidad se reduzca á 1 900 vueltas en dicho tiempo. Resulta de esta disposición, ya empleada por M. Marcel Deprez para sus motores de celeridad constante, que en las rampas, allí donde el trabajo requerido por la tracción es considerable, la corriente queda cerrada casi siempre; mientras que en las pendientes se halla, por el contrario, abierta por lo regular. Así se economiza en la fuerza motriz, y el exceso de corriente resultante de la ruptura de un solo circuito de motor á la vez es demasiado débil para comprometer el aislamiento del dinamo-generador. La resistencia de la línea es tan escasa, que la celeridad de los motores no varía sensiblemente, cualquiera que sea su distancia á la máquina generatriz. Se comprende desde luego que los cambios de velocidad tienen aquí poca influencia, pues, por una parte, el regulador especial de cada motor le impide que se precipite; y por otra, el bloqueo automático y sucesivo de las diferentes porciones de la línea evita todo choque. Este motor produce, en 1600

vueltas por minuto, la fuerza de 17 caballo de vapor, con un rendimiento de 60 por 100: su peso es de 53 kilos.

La diferencia de potencial, 180 á 200 volts., conservada en la línea, es suficiente, en virtud del escaso desarrollo de aquella; pero en las líneas más largas y de mayor tráfico, podría elevarse la tensión, haciéndola llegar á 2 000 volts. Sin embargo, en ningún caso será apetecible prolongar la distancia de transporte á más de 5 millas (8 kilómetros), á cada lado de las máquinas generadoras.

Las figuras 1 y 2 darán idea de las principales disposiciones de la *línea teleférica* que actualmente funciona en Glynde. Se han acumulado expresamente todas las dificultades para que se comprendan bien, por una larga experiencia, las cualidades y defectos del sistema, así como las modificaciones que se deben introducir para que la línea funcione con perfección. Los ensayos hechos algunas semanas antes de inaugurarse han demostrado que el sistema llenaba con exactitud en su conjunto todas las condiciones exigidas.

Sin exagerar la importancia de los servicios que podrían prestar las *líneas teleféricas*, diremos que tendrán aplicación allí donde el tráfico sea suficiente para pagar el interés de un escaso capital; mas no bastarían á satisfacer el interés y la amortización de un camino de hierro de vía estrecha construido lo más económica; mente posible. La tracción eléctrica tiene sobre los sistemas de transportes por calles, propuestos ó empleados antes, las ventajas de una instalación más rápida, más sencilla y más económica; la línea no exige mucha conservación; no hay que engrasar ninguna pieza, ni hay partes sujetas á frotamientos; los cambios de dirección ó de pendientes son menos complicados, y el trabajo motor necesario mucho menor en general, excepto en el caso de una vía en línea recta.

Añadamos, en fin, á estas ventajas la de obtenerse en todos los puntos de la línea un medio de obtener una fuerza motriz que

puede hacer funcionar máquinas agrícolas ú otros instrumentos de trabajo, sin entorpecer en nada las funciones de los trenes. El día de la inauguración se demostró esto por un *cortacésped*, movido por un pequeño motor eléctrico de MM. Ayrton y Perry.

La instalación de las *líneas teleféricas* no exige trabajos de arte ni compras de terreno; pueden cruzar campos sin perjudicar en nada los trabajos del cultivo; y sin hacer competencia á las líneas férreas, vendrán por el contrario en su auxilio, alimentándolas de mercancías, y sustituyéndose al transporte ordinario por carretas ó bestias de carga.

La obra concebida por Fleming-Jenkin se ha llevado á buen fin por sus primeros colaboradores MM. Ayrton y Perry, y no hay duda que bajo un enérgico impulso obtendrá un rápido desarrollo después del buen éxito que acaba de alcanzar en Glynde la primera aplicación práctica del sistema.

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. — *Ornamentación*, 2 tomos. — *Escultura y Gléptica*, 1 tomo. — *Pintura y Grabado*, 1 tomo. — *Cerámica*, 1 tomo. — *Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la colección completa de la obra de F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicación será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON